

# *Espacios de pensamiento: historia transnacional, historia intelectual y la Ilustración\**

*Nicholas Miller*

Universität Postdam

*Resumen:* Este artículo ofrece un repaso teórico por la historia transnacional en su relación con la historia de las ideas, un área que ciertos especialistas en historia transnacional han señalado como un campo prometedor para las futuras investigaciones sobre el tema. Los debates historiográficos recientes dentro de los estudios de la Ilustración se presentan aquí para elucidar en qué consiste en realidad el carácter novedoso de la perspectiva transnacional aplicada a la historia de las ideas. Más que ser un formato totalmente nuevo, los modos de análisis transnacionales pueden entenderse como centrales para las investigaciones clásicas y universalistas sobre la Ilustración que han sido cuestionadas desde el planteamiento del problema fundamental del contexto.

*Palabras clave:* historia transnacional, historia intelectual, Ilustración, historiografía.

*Abstract:* This article offers a theoretical overview of transnational history in relation to the history of ideas, a field that certain specialists of transnational history have singled out as a promising field of future transnational research. Recent historiographical discussions within Enlightenment studies are offered to throw light about the actual novelty that a transnational perspective would offer for the history of ideas. Rather than being an entirely new outlook, transnational types of analysis can be understood as lying at the heart of classical, universalistic

---

\* Quisiera agradecer a los dos evaluadores anónimos de este artículo por sus acertados comentarios y, sobre todo, a Darina Martykánová por traducirlo.

Enlightened scholarship, a perspective that was challenged according to the fundamental problem of context.

*Keywords:* Transnational History, Intellectual History, Enlightenment, Historiography.

¿Dónde se produce el pensamiento y qué es lo que determina los límites de lo pensable? Parecería que sólo los más nacionalistas podrían afirmar que, obviamente, la respuesta es la nación. Los defensores más controvertidos del reciente giro transnacional de las investigaciones históricas han afirmado que este tipo de lógica permea las obras del pasado, que aceptaron acríticamente la posición central de las naciones como escenarios y actores de la historia. Hasta se ha llegado a afirmar que la disciplina histórica lleva consigo una marca de nacimiento insidiosamente nacionalista, debido a su surgimiento en el siglo XIX al servicio del proyecto de Estadonación<sup>1</sup>. Aunque los defensores de la historia transnacional a menudo dejan entender que los modernistas y los historiadores de las ideas han sido menos susceptibles a las distorsiones del marco nacional que los contemporaneístas, una corriente inversa arrastró la historia intelectual de la época moderna al mismo tiempo que emergía la historia transnacional durante la década de 1980. Una tendencia diferente se puede observar en los trabajos que han asumido los llamamientos pioneros de John G. A. Pocock y Quentin Skinner a seguir en la historia intelectual un mantra simple, pero novedoso: *las ideas tienen contextos y no pueden entenderse fuera de ellos*. De hecho, el contexto que para muchos historiadores intelectuales resultó más fácil de identificar fue el de la nación.

Emma Rothschild, en su reciente reflexión sobre el desencuentro de la historia intelectual y la historia transnacional, ha señalado que la cuestión del contexto es el mayor problema planteado por el reto transnacional de reconfigurar el espacio analítico de las

---

<sup>1</sup> Michael WERNER y Bénédicte ZIMMERMANN: «Vergleich, Transfer, Verflechtung. Der Ansatz der Histoire croisée und die Herausforderung des Transnationalen», *Geschichte und Gesellschaft*, 28 (2002), pp. 607-636; Cristopher A. BAYLY *et al.*: «AHR Conversation: On Transnational History», *American Historical Review*, 111, 5 (2006), p. 1446, y Michael G. MÜLLER y Cornelius TROP: «Conceptualizing Transnational Spaces in History», *European Review of History/Revue Européenne d'Histoire*, 16, 5 (2009), pp. 609-610.

ideas<sup>2</sup>. Los estudios sobre la traducción —últimamente un tema popular entre los historiadores intelectuales y transnacionales— han mostrado que la inestabilidad y la migración conceptual son rasgos constantes de la traducción de las ideas entre distintos idiomas<sup>3</sup>. Cuando añadimos los efectos del tiempo a la diversificación de las ideas mediante la traducción, el peligro, según Rothschild, es el de terminar sin rumbo: las ideas se ven fecundadas y proliferan de forma tan abundante y fluida que el historiador se ve abrumado por la cantidad de trayectorias y termina perdiendo el camino<sup>4</sup>.

Los comentarios de Rothschild sobre este tema reflejan el gran éxito que ha tenido el giro básicamente nacional-contextualista en la historia intelectual. Los famosos tratados políticos ya no son analizados por los historiadores intelectuales como iteraciones de conversaciones filosóficas atemporales entre genios, sino más bien como intervenciones incisivas en los debates particulares, situados en el tiempo y el espacio. Este campo de investigación, al que muchos historiadores acusan, desde hace tiempo, de carecer de nociones propiamente históricas de condicionamiento espacial, ahora paradójicamente tiene que hacer frente a la crítica de operar con unas nociones demasiado estrictas de la corporalidad contextual de la comunidad nacional o lingüística. En 2006, durante la mesa redonda sobre la historia transnacional organizada por la *American Historical Review*, Christopher A. Bayly caracterizó la «historia transnacional de las ideas» como un campo más bien sin arar que posee un gran potencial<sup>5</sup>. No obstante, esta visión contiene en sí el núcleo de la producción intelectual clásica: el camino hacia una comprensión más global de la circulación y desarrollo histórico de las ideas puede pasar por el reconocimiento de que las ideas tienen una geografía particular, independiente de las comunidades nacionales o lingüísticas preestablecidas.

---

<sup>2</sup> Emma ROTHSCHILD: «Arcs of Ideas. International History and Intellectual History», en Gunilla BUDDE, Sebastian CONRAD y Oliver JANZ (coords.): *Transnationale Geschichte: Themen, Tendenzen und Theorien*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006, pp. 217-226.

<sup>3</sup> Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (ed.): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, vol. I, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

<sup>4</sup> Emma ROTHSCHILD: «Arcs of Ideas...», pp. 217-226.

<sup>5</sup> Christopher A. BAYLY *et al.*: «AHR Conversation...», p. 1452.

Este artículo no trata de acusar a la propuesta de un giro transnacional en la historia de las ideas de mero oportunismo —en el sentido de fabricar el «enfoque más reciente» a través del retorno a un enfoque desatendido del pasado—, sino que más bien plantea que se trata solamente del último de los intentos de resolver el problema del contexto, siempre presente en la historiografía, que en el campo de la historia de las ideas fue hasta hace poco afrontado «acercando la vista» en vez de alejándola. Muchos historiadores intelectuales se han ido orientando hacia el contexto de la comunidad nacional o lingüística como manera de descubrir el significado de las redes locales y de las preocupaciones más ordinarias que aquellas que habían sido preferidas por una historia de las ideas más universalista. Un resultado importante de esta tendencia en lo que se refiere específicamente a los estudios de la Ilustración ha sido el cuestionamiento de la noción de una vanguardia pequeña y privilegiada de los pensadores ilustrados y el ensanchamiento del campo hasta incluir otros agentes relevantes y personajes de importancia. Si bien es cierto que estos días los enfoques transnacionales tienen mucho que contribuir a este debate, resulta importante subrayar que esta tendencia nacional en los estudios de la Ilustración respondía al mismo problema historiográfico de difícil resolución que plantean las investigaciones transnacionales: el del contexto. En mi opinión, y como espero mostrar en este texto, una reflexión historiográfica sobre las corrientes y tendencias aparentemente divergentes en la historia transnacional y la historia intelectual durante las últimas décadas puede contribuir a identificar estrategias que cada historiador puede adoptar en el estado actual de la investigación para tratar el problema del contexto.

El artículo se divide en dos secciones. La primera presenta el escenario para el debate, analizando la relación de la historia transnacional con otros marcos supranacionales, incluido el global, el mundial y el atlántico. El comentario que Bayly hizo en 2006, según el cual las diferencias entre estos marcos no han sido reconocidas y debatidas de forma suficiente, sigue plenamente vigente hoy en día y se merece ser tratado con cierto detalle<sup>6</sup>. Esta falta de claridad metodológica está en sintonía con las tendencias metodoló-

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 1442.

gicas contemporáneas más amplias que evitan lo provocativo y divisivo a favor de lo inclusivo y abierto, eludiendo conclusiones sólidas y optando en su lugar por la problematización y por dejar en evidencia toda la «complejidad» del tema. Este pluralismo metodológico puede, por otra parte, ser la razón por la que el enfoque transnacional aglutina actualmente a tantos partidarios, ya que proporciona una etiqueta útil y flexible que concuerda con otras tendencias recientes en cuanto a adoptar unos marcos más amplios de análisis. La segunda sección pasa a tratar directamente la sugerencia de Bayly de una «historia transnacional de las ideas» y considera esta apuesta a la luz de las tendencias historiográficas más recientes en el campo de los estudios de la Ilustración. Afirmaré que los debates historiográficos recientes sobre la nación y el contexto que han tenido lugar en los estudios de la Ilustración son de interés para los historiadores transnacionales debido a las posibilidades y límites tanto del marco nacional como transnacional, a la vez que sirven como ejemplo del marco analítico alternativo que llevan reclamando algunos historiadores transnacionales: un marco que refleje la geografía de relevancia determinada por temas, en vez de por las fronteras de cada Estado-nación<sup>7</sup>.

### **Más allá de lo nacional: las variantes «mundial», «global», «transnacional» y «atlántica» en la historia supranacional**

Como ha declarado en una reflexión reciente Ian Tyrrell, uno de los más destacados defensores de la historia transnacional, la historia transnacional se ha convertido, sin duda, en una «expresión de moda»<sup>8</sup>. Esta etiqueta se ha extendido mucho más allá de su uso original por parte de historiadores especialistas en Estados Unidos durante la década de 1980, cuando sirvió para cuestionar los relatos localistas, de excepcionalidad nacional, de la historiografía estadounidense, y hoy en día se utiliza en distintos campos a través del *continuum* temático, temporal y espacial de los estudios

---

<sup>7</sup> Matthew Pratt GUTERL: «Comment: The Futures of Transnational History», *American Historical Review*, 118, 1 (2013), pp. 130-139.

<sup>8</sup> Ian TYRELL: «Reflections on the Transnational Turn in United States History: Theory and Practice», *Journal of Global History*, 4 (2009), pp. 453-474, esp. p. 453.

históricos<sup>9</sup>. La aspiración espacial transnacional está en pleno proceso de institucionalización no solamente definiendo muchos dossieres y números especiales de revistas de historia (incluido este mismo volumen), sino también a través del establecimiento de centros de investigación que llevan el término «transnacional» en su nombre oficial (el Centro para la Historia Transnacional de la University College of London y el Centro para la Historia Transnacional en la St. Andrew's) o programas de grado especializados (como el Master en Historia Comparada y Transnacional en el College of William & Mary). Sin embargo, se repara poco en las fracturas que se producen en la práctica de la «historia transnacional» según las divisiones persistentes desde hace mucho tiempo entre las diferentes culturas académicas lingüísticas y nacionales. El uso entusiasta de la etiqueta «tranhistórica» no se limita al mundo anglófono, sino que se extiende también por Alemania, donde la *transnationale Geschichte* se practica con gran vigor, apoyándose en los trabajos teóricos y métodos desarrollados con bastante autonomía —aunque no independencia— con respecto a los debates anglófonos. Como han apuntado Kiran Klaus Patel y otros, *transnationale Geschichte* y *transnational history*, aunque sean prácticamente idénticas semánticamente y ambas estén orientadas hacia un proyecto común de producir historias más allá de las etiquetas nacionales, difieren de forma significativa en las especificidades de su teoría y método<sup>10</sup>. Este ejemplo en sí mismo señala la dificultad potencial de identificar qué significa concretamente la *historia transnacional* para la academia hispanohablante.

Los autoproclamados practicantes de la historia transnacional en el mundo anglófono han eludido hacer declaraciones programáticas al concebir la historia transnacional como una categoría es-

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 453-474.

<sup>10</sup> Kiran KLAUS PATEL: «“Transnations” among “Transnations”? The Debate on Transnational History in the United States and Germany», *Center for European Studies Working Paper Series, Harvard University*, 159 (2008), pp. 1-17. Véanse también «Towards the Internationalization of American History: A Round Table», *Journal of American History*, 79, 2 (1992), pp. 432-542, y Thomas BENDER (ed.): *Rethinking American History in a Global Age*, Berkeley, 2002. En España han tenido gran influencia dos números de la revista *Studia Historica. Historia Contemporánea* dedicados a «la historia transnacional». Véase las contribuciones en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 16-17 (1998-1999).

pecial subdisciplinaria, novedosa y flexible, más que como un enfoque coherente. Por otra parte, el debate alemán se ha centrado en *transnationale Geschichte* como término que abarca varios enfoques metodológicos recientes que pretenden ir más allá de la historia comparada y la historia de la recepción (*Rezeptionsgeschichte*) en el esfuerzo por analizar los procesos históricos fuera de las fronteras convencionales, incluida la *histoire croisée* de Bénédicte Zimmermann y Michael Werner, y el enfoque relacionado de «historias entrelazadas» (*Verflechtungsgeschichte*)<sup>11</sup>. El uso creciente del inglés en la academia alemana en búsqueda de su propia «internacionalización» institucional ha significado que una parte importante de estos debates alemanes se ha llevado a cabo en inglés y ha incluido a participantes anglófonos, aunque la mayor parte de estos últimos han conservado una actitud flexible hacia la definición de lo transnacional. La contribución de Emma Rothschild al volumen *Transnational History*, publicado en 2006 por Budde, Conrad y Janz, es representativa por su comprensión descriptiva, más que programática, de la «historia transnacional», llevando además un título que incluso evita la etiqueta para —en su lugar— utilizar la de «historia internacional», algo que la mayoría de los defensores de la historia transnacional, ya sean anglófonos o alemanes, considerarían una cosa bien distinta<sup>12</sup>.

Aun de manera implícita, el uso flexible que hace Rothschild de los términos «internacional», «global» y, sí, también «transnacional», apunta hacia una corriente común de varios trabajos históricos que adoptan estos términos; una corriente que conecta estos trabajos y que aquí propongo denominar «supranacional» para evitar confusión. Lo que une a estos enfoques es el convencimiento de que el marco del Estado nacional es insuficiente y debe complementarse por análisis históricos que rehúyan las convenientes ex-

---

<sup>11</sup> Margrit PERNAU: *Transnationale Geschichte*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2011; Heinz-Gerhard HAUPT y Jürgen KOCKA: «Comparison and Beyond: Traditions, Scope, and Perspectives of Comparative History», en Heinz-Gerhard HAUPT y Jürgen KOCKA (eds.): *Comparative and Transnational History: Central European Approaches and New Perspectives*, Nueva York, Berghahn, 2009, pp. 1-32, y Bartolomé YUN CASALILLA: «“Localism”, Global History and Transnational History. A Reflection from the Historian of Early Modern Europe», *Historisk Tidskrift*, 127, 4 (2007), pp. 659-678.

<sup>12</sup> Emma ROTHSCHILD: «Arcs of Ideas...», pp. 217-226.

plicaciones nacionales. Sus practicantes difieren sustancialmente en cuanto al tenor de sus polémicas, pero pocos de ellos propondrían que el Estado-nación fuera simplemente ignorado como entidad histórica. Se trata más bien de llamar la atención sobre el hecho de que existen historias de personas, procesos, intercambios, transformaciones y movimientos que hasta ahora no han sido contadas, ya que la lógica de estas historias solamente puede abarcarse desde una perspectiva más allá del marco de la nación. Este razonamiento también está detrás de la crítica que los historiadores transnacionales y globales hacen de los previos intentos comparativos, que cayeron en la trampa de reforzar el marco nacional al usar las historiografías nacionales existentes<sup>13</sup>. Según algunos críticos, más que ser un paso en la buena dirección, esto supuso que las realidades de las historias supranacionales quedasen aún más atrapadas en la oscuridad.

Aquellos que han tratado recientemente sobre la historia global desde un punto de vista teórico han intentado esbozar la diferencia entre ésta y la historia mundial (*world history*); un esfuerzo digno de mención en el contexto de una aproximación a la historia transnacional. De forma convincente, Bruce Mazlish ha propuesto que la globalización debe entenderse no tanto como una alternativa a la amplia etiqueta de la historia mundial, sino como una forma o subdisciplina específica de la historia mundial que se encarga de investigar una dinámica singular: las maneras por las que los pueblos de la tierra —a través de fuerzas e instituciones económicas, culturales y sociales concretas— han llegado a estar crecientemente interconectados<sup>14</sup>. Este enfoque también podría definirse como *Verflechtungsgeschichte* en el sentido más ambicioso posible: demostrando la creciente interconexión entre todas las historias. Sin embargo, como ha apuntado con razón Sanjay Subrahmanyam en su propuesta de las «historias conectadas», debemos reconocer que los

---

<sup>13</sup> Pierre-Yves SAUNIER: «Circulations, connexions et espaces transnationaux», *Genèses*, 57 (2004), pp. 110-126; Jürgen KOCKA: «Comparison and Beyond», *History and Theory*, 42, 1 (2003), p. 41, y Sebastian CONRAD: «Circulation, “National Work”, and Identity. Debates About the Mobility of Work in Germany and Japan, 1890-1914», en Wolf LEPENIES (ed.): *Entangled Histories and Negotiated Universals*, Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2003, pp. 260-262.

<sup>14</sup> Bruce MAZLISH: «Comparing Global History to World History», *Journal of Interdisciplinary History*, 28, 3 (1998), pp. 385-395.

niveles y marcos de conectividad entre gentes y regiones han fluctuado de manera importante en el pasado<sup>15</sup>. Aunque la globalización actual puede que sea históricamente única en su intensidad y amplitud, se entiende mejor estableciendo paralelismos con los sistemas de circulación más antiguos. Mientras uno puede confrontar las metodologías de historia global o de la «historia conectada» de Subrahmanyam con las prácticas más antiguas de la historia mundial, oponiéndolas, creo que por claridad terminológica sería mejor entenderlas como innovaciones y nuevos relatos en este campo de historia más expansivo.

Los que abogan por la historia transnacional a veces mantienen que unos horizontes más restringidos y un interés más amplio en la interconectividad (más allá de simples relaciones de globalización) son los rasgos más importantes que la distinguen de la historia global<sup>16</sup>. Esta propuesta es legítima y en un mundo utópico de claridad terminológica tendría un efecto inmediato. En la práctica, sin embargo, no sólo muchas de las llamadas «historias globales» adoptan marcos de análisis que están lejos de ser globales, sino que sus autores defienden además el derecho de enmarcar estos estudios subglobales en la historia global. Cuando estas obras debaten la globalización temprana, indudablemente pueden ser a la vez historias globales y transnacionales comprendidas en el sentido ideal esbozado aquí. Además, y de forma más problemática, muchas obras utilizan lo global y lo transnacional como meros sinónimos.

La ambición de la historia transnacional por comprender las conexiones y las relaciones más allá de los confines nacionales se torna, en cierto modo, *non sequitur* si se aplica a contextos que preceden el surgimiento del Estado-nación. Los proponentes de la historia transnacional suelen ser contemporaneistas, predominando los expertos en el siglo XX<sup>17</sup>. De este modo, la preocupación de los historiadores transnacionales con la nación refleja la importancia que

---

<sup>15</sup> Sanjay SUBRAHMANYAM: «Par-delà d'incommensurabilité: pour une histoire connectée des empires aux temps modernes», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 54, 4 bis, supplément (2007), pp. 34-53.

<sup>16</sup> Akira IRIYE: «Transnational History», *Contemporary European History*, 13, 2 (2004), pp. 218-220.

<sup>17</sup> Matthew HILTON y Rana MITTER: «Introduction» a «Transnationalism and Global History», *Past and Present*, supplement 8 (2013), pp. 9-14.

ésta tenía entre los actores históricos analizados. Como han apuntado Tyrrell y Duindam, los especialistas en historia moderna han trabajado con concepciones implícitamente transnacionales precisamente porque los Estados-nación no existían todavía<sup>18</sup>. En estos contextos parece que la deficiencia del paradigma nacional se ha establecido desde hace mucho, aunque un observador cínico podría llamar la atención al hecho de que esta tradición propia no ha impedido que se produzcan referencias obligadas al enfoque transnacional también en este campo de investigación, reflejando el poder de la «marca» transnacional. Por otra parte, como se verá más adelante, esta tendencia se puede entender de forma menos cínica como un correctivo razonable a las formas de historia intelectual que bebieron del énfasis en la heurística de la nación despertada por las reflexiones acerca del contexto.

Aunque el término de «historia transnacional» ha proliferado en las últimas décadas, los marcos transnacionales de análisis se llevan proponiendo desde hace casi un siglo. Así, por ejemplo, Marc Bloch reclamaba ya en 1928 una historia de Europa que fuese mucho más que una mera suma de las historiografías nacionales europeas; recordemos también el concepto influyente de la civilización occidental, que ha llegado a ser altamente controvertido<sup>19</sup>. De forma más ambiciosa, y más en sincronía con los objetivos transregionales y transculturales de la historia transnacional, Fernand Braudel propuso escribir la historia del mundo mediterráneo en la década de 1940<sup>20</sup>. Las observaciones de Braudel sobre la primacía de la navegación marítima como manera de conectar históricamente regiones distantes ha inspirado las historias de otros mares-mundo, de los que la historia del océano Índico y, sobre todo, la del Atlántico han sido las más convincentes y exitosas.

---

<sup>18</sup> Ian TYRRELL: *Transnational Nation: United States History in Global Perspective*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007, p. 3, y Jeroen F. J. DUINDAM: «Early Modern Europe: Beyond the Strictures of Modernization and National Historiography», *European History Quarterly*, 40, 4 (2010), pp. 606-623, esp. pp. 610-611.

<sup>19</sup> Marc BLOCH: «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de Synthèse Historique*, 46 (1928), pp. 28-44.

<sup>20</sup> Fernand BRAUDEL: *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'Epoque de Philippe II*, París, Colin, 1949 (*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976).

La relación entre los estudios de área (*area studies*) y la historia transnacional es interesante: los une la ambición supranacional, pero los separa su manera de tratar la dimensión espacial. Eso se puede demostrar a través del ejemplo concreto de la historia atlántica. Mientras que la historia transnacional entiende que los contextos de análisis fluctúan constantemente debido a la creación espontánea de vínculos a partir de los flujos migratorios de todo tipo o a las conexiones entre los organismos corporativos y otro tipo de entidades no-estatales, la historia atlántica propone que la cuenca atlántica se puede tratar, en sentido ideal, como un contexto relevante y coherente desde aproximadamente el principio del siglo XVI. La crítica del marco nacional que hace la historia atlántica no consiste en cuestionar el concepto de la rigidez contextual en sí, sino más bien en proponer que la esfera espacial del contexto relevante para las historias de varios lugares, entre ellos la costa atlántica de la América del Norte, la Península Ibérica, Brasil o la costa oeste de África, es la misma. Dejando en evidencia los orígenes de la historia transnacional en la academia estadounidense, este marco oceánico de análisis explica mejor la historia común del continente americano después del «gran encuentro» iniciado por la llegada de Colón que las historias africanas o europeas, las cuales permanecieron estrechamente ligadas a otras partes del mundo. De hecho, teniendo en cuenta que el principal destino final de la riqueza mineral del Nuevo Mundo era China, pasando habitualmente por la ruta de galeones españoles entre las Filipinas y la Nueva España (el México de hoy), el marco atlántico tampoco puede explicar plenamente la emergencia de América de después del descubrimiento<sup>21</sup>. Algunos han llamado la atención también al hecho de que la historia atlántica surgiera durante la guerra fría, implicando un objetivo ideológico en su tema: el de unir definitivamente la historia de la «Europa occidental» a la que sería la futura potencia hegemónica norteamericana y alejarla del Este, construido como culturalmente retrógrado<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Peter A. COCLANIS: «Beyond Atlantic History», en Jack P. GREENE y Philip D. MOGRAN (eds.): *Atlantic History: A Critical Appraisal*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 344.

<sup>22</sup> Marco MARIANO (ed.): *Defining the Atlantic Community: Culture, Intellectuals, and Policies in the Mid-Twentieth Century*, Nueva York, Routledge, 2010, pp. 6-7.

Además, el carácter fracturado de la historia atlántica es un indicador importante de cómo responde el giro transnacional a las insuficiencias de los enfoques adoptados por los estudios de área<sup>23</sup>. Las obras que supuestamente abarcan el Atlántico tienden a establecer el ámbito de análisis sobre todo oponiendo atlánticos nacionales (el inglés, el español, el portugués, el holandés, el francés, el danés y el sueco, o —de forma más dicotómica— el británico y el ibérico) o usando otros criterios, como puede ser el caso del Atlántico negro. Peor aún, muchos de estos trabajos exploran solamente uno de estos contextos aislándolo, en mayor o menor medida, de los otros. Se han producido intentos recientes de proponer marcos atlánticos más allá de lo nacional, como *La Ilustración atlántica* propuesta por Susan Manning y Francis D. Cogliano<sup>24</sup>. Aunque esta propuesta abre una dirección interesante en los estudios sobre la Ilustración, llevando la Ilustración en el periodo de su surgimiento (a principios del siglo XVIII) fuera del foco europeo habitual, los editores de la compilación admiten las limitaciones de su obra: el contexto atlántico que investigan aquellos que contribuyen al libro es el británico, con un particular énfasis en Escocia<sup>25</sup>. Esta conceptualización del espacio no es, sin embargo, más ambiciosa que —digamos— la de la obra popular *Historia de los pueblos de habla inglesa* escrita por Winston Churchill<sup>26</sup>. Restringir los análisis atlánticos a una sola comunidad lingüística es, por desgracia, endémico a este campo de investigación. Aunque existen relatos sobre el Atlántico de la época moderna que se podrían calificar de genuinamente holísticos, éstos suelen analizar temas que no pueden entenderse más allá de un marco atlántico, como la esclavitud en la época moderna o la piratería.

Una exploración más profunda del concepto de las revoluciones «atlánticas» ha demostrado hasta qué punto muchos de los personajes involucrados fueron más allá de estos contextos, y que las ba-

---

<sup>23</sup> Matthias MIDDELL y Katja NAUMANN: «Global History and the Spatial Turn: From the Impact of Area Studies to the Study of Critical Junctures of Globalization», *Journal of Global History*, 5, 1 (2010), pp. 149-170.

<sup>24</sup> Susan MANNING y Francis D. COGLIANO (eds.): *The Atlantic Enlightenment*, Aldershot, Ashgate, 2008.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 1-18.

<sup>26</sup> Winston CHURCHILL: *A History of the English-Speaking Peoples*, Londres, Cassell, 1956.

ses intelectuales de las revueltas, a pesar de estar conectadas entre sí, quizá se definieran más por sus diferencias que por sus similitudes<sup>27</sup>. Como ha sido el caso de los enfoques global y transnacional aplicados a otros lugares, el éxito de este marco supranacional no ha consistido en sustituir de manera convincente el marco nacional, sino más bien en su capacidad de explicar algunos fenómenos mejor que los métodos aplicados previamente. Las críticas del enfoque también apuntan a los límites de la relevancia del marco atlántico (por ejemplo, en términos de la economía global). Estas críticas deberían ser escuchadas no para rechazar el enfoque atlántico, sino para reconocer la necesidad de unos puntos de partida flexibles en cuanto al marco geográfico. El marco adecuado se debe desarrollar según el tema estudiado. Se trata, desde luego, de una operación compleja, pero únicamente de esta forma los análisis supranacionales pueden alcanzar su pleno potencial y demostrar la lógica real, más que discursiva, de los intentos de trabajar inspirados por el giro transnacional.

## La historia transnacional, la historia intelectual y la Ilustración

Si seguimos el ejemplo de Bayly, una de las maneras de descubrir y aprovechar el potencial de la historia transnacional para refinar de forma significativa nuestras interpretaciones de ciertos aspectos temáticos y dinámicos de la historia consiste en visitar la «historia de las ideas». Bayly no solamente reclamó una «historia transnacional de las ideas» en la mesa redonda organizada en 2006 por la *American Historical Review*, sino que un año después procedió a poner en práctica dicha agenda en una edición especial de la revista *Modern Intellectual History*<sup>28</sup>. En su introducción a la colección de ensayos sobre la circulación de ideas en la India de los siglos XIX y XX, Bayly afirmó que el objetivo más amplio del volumen era servir como «contribución a la emergente historia glo-

---

<sup>27</sup> Federica MORELLI, Clément THIBAUD y Geneviève VERDO (coords.): *Les empires atlantiques: des Lumières au libéralisme, 1763-1865*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009.

<sup>28</sup> Edición especial de «An Intellectual History for India», *Modern Intellectual History*, 4, 1 (2007), y Christopher A. BAYLY *et al.*: «AHR Conversation...», p. 1448.

bal y transnacional de las ideas que aspira a situar las sofisticadas tradiciones de la historia intelectual europea, atlántica, islámica y asiática a un contexto mundial»<sup>29</sup>. Bayly admitió la relación entrelazada entre lo global y lo transnacional, constatando que, sean cuales sean las diferencias entre la historia global y transnacional de las ideas, ambas están conectadas tan estrechamente que las investigaciones que se hacen desde una u otra perspectiva se influyen mutuamente. El reto consiste menos en discutir sobre las diferencias entre ambas, o una diferencia similar entre la «historia de las ideas» y la «historia transnacional»<sup>30</sup>, que en responder a la pregunta: si las fronteras nacionales pocas veces restringieron el movimiento de productos y personas de forma definitiva, ¿cómo, entonces, sería posible afirmar que lo han hecho con las ideas, que supuestamente flotan libremente?

El interés de Bayly por la historia transnacional de las ideas no terminó con el volumen de la *MIH*. Ese mismo año alabó la «historia global» de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de David Armitage como «una contribución clave a lo que es un campo de estudio prácticamente nuevo: la historia transnacional de las ideas»<sup>31</sup>. Armitage mismo no definió su trabajo de esta manera, optando por presentarlo como una contribución al proyecto de situar textos famosos en un contexto global: «Hasta ahora, las declaraciones de independencia no han sido tratadas como un fenómeno global»<sup>32</sup>. Entre otras obras que adoptan esta perspectiva, Armitage mencionó la obra de una de las participantes junto con Bayly en la mesa redonda de la *AHA*, Isabel Hofmeyr, quien investigó la diseminación transnacional de la obra *El progreso del peregrino* escrita por el poeta cristiano inglés del siglo XVII John Bunyan<sup>33</sup>. Hofmeyr, a diferencia de Armitage, describió su trabajo explícitamente como historia transnacional. El hecho de que Bayly, probablemente

<sup>29</sup> Christopher A. BAYLY: «Afterword» a «An Intellectual History for India», *Modern Intellectual History*, 4, 1 (2007), pp. 163-169.

<sup>30</sup> Donald R. KELLEY: *The Descent of Ideas: The History of Intellectual History*, Aldershot, Ashgate, 2002.

<sup>31</sup> Contratapa de David ARMITAGE: *The Declaration of Independence: A Global History*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>33</sup> Isabel HOFMEYR: *The Portable Bunyan: A Transnational History of «The Pilgrim's Progress»*, Princeton, Princeton University Press, 2004.

el practicante anglófono de la historia transnacional más conocido, haya podido encontrar en la historia global de las ideas practicada por Armitage una respuesta a su propio llamamiento en pos de una «historia transnacional de las ideas» es un indicador de la existencia de objetivos similares en ambas direcciones —o, decisivamente, de la escasa diferencia entre las dos etiquetas—.

Mientras la «historia transnacional de las ideas» —o «historia intelectual transnacional»— parece estar ganando partidarios tanto en los países anglófonos como en Alemania, la advertencia de Jürgen Osterhammel sobre los peligros de la «banalidad» en la historia transnacional invita a una reflexión pausada<sup>34</sup>. Osterhammel empleó esta palabra al apuntar que si bien es cierto que las redes religiosas en los siglos XIX y XX pueden describirse como transnacionales, esto es algo tan obvio para los especialistas de esas épocas y temas que no merece ser digno de mención<sup>35</sup>. Por ejemplo, la novedad del libro de Luke Clossey *Salvation and Globalization in the Early Jesuit Missions* consistía en mostrar unas redes de comunicación verdaderamente globales establecidas por los jesuitas, no en recordar a los especialistas en la historia intelectual de la Edad Moderna que los jesuitas trabajaron en muchos países o que la Iglesia católica era (y es) una institución supranacional<sup>36</sup>. El reto planteado por Osterhammel consiste en abstenerse de reciclar simplemente información antigua según los nuevos paradigmas: el sentido de una nueva perspectiva está en nuevas historias, no en unos relatos revisados.

En esta línea, Bayly identificó los objetivos de la historia transnacional de las ideas durante la mesa redonda de la *AHA*: reforzar nuestra comprensión de cómo surgió la gubernamentalidad moderna en forma de Estado-nación —es decir, una historia de la nación-idea, que es transnacional en el sentido específico de trascender el concepto mismo de la nación—<sup>37</sup>. Aunque a Bayly se le reprochó plantear una definición demasiado específica de la histo-

<sup>34</sup> Jürgen OSTERHAMMEL: *Die Verwandlung der Welt: Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*, Múnich, C. H. Beck, 2009, p. 1277, y H. Glenn PENNY: «The Insistence of World History», *German History*, 29, 3 (2011), pp. 505-510.

<sup>35</sup> Jürgen OSTERHAMMEL: *Die Verwandlung der Welt...*, p. 1277.

<sup>36</sup> Luke CLOSSEY: *Salvation and Globalization in the Early Jesuit Missions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

<sup>37</sup> Christopher A. BAYLY *et al.*: «AHR Conversation...», pp. 1454-1461, esp. pp. 1442-1443.

ria transnacional<sup>38</sup>, al menos definió con cierta originalidad el terreno que la «historia transnacional de las ideas» cubriría. La historia global de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos escrita por Armitage fue, por tanto, una contribución a la «historia transnacional de las ideas» por afrontar esta serie específica de cuestiones, no porque tratara del tema amorfo de la historia intelectual más allá del marco nacional. Sin embargo, Moyn y Sartori han criticado el enfoque de Armitage desde una perspectiva transnacional con un énfasis poscolonial, acusando a la obra de no hacer nada para revisar desde dentro de la historia intelectual las nociones convencionales de centros y las pautas de diseminación<sup>39</sup>. Independientemente de su veracidad, el relato narrado en la obra de Armitage refuerza la narrativa de la democracia estadounidense como la fuente de valores liberales de la que otras regiones del mundo acabaron bebiendo la Ilustración política<sup>40</sup>.

Al examinar la diseminación de un solo texto conocidísimo, Armitage ha optado por medios bien probados de hacer historia intelectual desde una perspectiva supranacional. Se pueden trazar tres líneas principales de esta empresa: la reconstitución de las redes intelectuales, la historia de la traducción y recepción, y las biografías extensas de individuos excepcionales. Estos tres enfoques inmediatamente resultarán conocidos a los historiadores transnacionales, ya que constituyen uno de los componentes básicos de las aspiraciones de la historia transnacional. No obstante, se aprecian los límites de la pretendida novedad de los temas resucitados por la historia transnacional si uno reconoce que los historiadores intelectuales llevan explorando estos temas durante décadas.

Los resultados de los debates metodológicos sobre el contexto nacional en un campo específico de la historia intelectual, el de los estudios de la Ilustración, son relevantes para la teoría de la historia transnacional, ya que confirman la relevancia de su escala, pero a la vez cuestionan su supuesta novedad reflexiva y su mito fundacional sobre la marca de nacimiento nacionalista de la disciplina. La trayec-

---

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 1442-1448.

<sup>39</sup> Samuel MOYN y Andrew SARTORI: «Approaches to Global Intellectual History», en Samuel MOYN y Andrew SARTORI (eds.): *Global Intellectual History*, Nueva York, Columbia University Press, 2013, p. 16.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 16.

toria de los debates teóricos en la historia transnacional y los estudios de la Ilustración es, en cierto sentido, paradójica: el giro nacional en los estudios de la Ilustración arrancó en la década de 1980, más o menos al mismo tiempo que se estaban escribiendo las primeras obras que declaraban una orientación transnacional. El giro transnacional (o giro global o supranacional, como queramos llamarlo) se ha introducido de forma definitiva en los manifiestos recientes sobre la investigación escritos por los que se dedican a los estudios de la Ilustración, en paralelo con su creciente importancia en otras líneas de estudios históricos actuales. Es significativo que esto se produjera sobre todo a través de la recuperación de maneras más antiguas de entender la Ilustración anteriores a las lecciones contextuales del giro nacional que tomó la investigación desde la década de 1980 por dos historiadores en particular: Jonathan Israel y John Robertson<sup>41</sup>. De hecho, se puede postular que el giro hacia lo transnacional en la historia intelectual de la Ilustración se construye sobre un diálogo interno dentro de la historiografía de esa área; un diálogo sobre la cuestión fundamental del contexto histórico. Los trabajos anteriores, que partían de la supuesta existencia de una esfera ilustrada de transferencia de ideas común y en expansión en el sentido pleno del ideal cosmopolita, fueron acusados de adolecer de una comprensión ingenua, artificial y simplista —en una palabra, ahistórica— de los contextos locales e institucionales en los que se discutían, generaban e intercambiaban las ideas. Como parte del esfuerzo por someter la Ilustración a un escrutinio histórico más riguroso, el cosmopolitismo —que previamente se consideraba como una característica básica de este movimiento— fue cuestionado y refractado a través de lentes nacionales (por ejemplo, escoceses, alemanes, británicos, franceses, españoles, italianos o rusos).

Puede que nadie contribuyera tanto a impulsar el giro nacional en los estudios de la Ilustración como Pocock, pero eso no impidió

---

<sup>41</sup> Jonathan I. ISRAEL: *Radical Enlightenment: Philosophy and the Making of Modernity, 1650-1750*, Oxford, Oxford University Press, 2001; *id.*: *Enlightenment Contested: Philosophy, Modernity, and the Emancipation of Man, 1670-1752*, Oxford, Oxford University Press, 2006; *id.*: *Democratic Enlightenment: Philosophy, Revolution, and Human Rights, 1750-1790*, Oxford, Oxford University Press, 2011, y John ROBERTSON: *The Case for the Enlightenment: Scotland and Naples, 1680-1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

a Bayly lo identificara como uno de los representantes más destacados de la historia transnacional de las ideas<sup>42</sup>. Eso se debe a las intervenciones complejas y de ningún modo perfectamente coherentes de Pocock sobre la teoría de la historia de las ideas. Su legado se basa no tanto en las intervenciones histórico-espaciales en sí, ya que éstas generalmente otorgan a la nación un lugar subordinado, sino más bien en la recepción por parte de otros investigadores del imperativo del contexto que deriva de la aplicación que él y Quentin Skinner hacen de la teoría lingüística en los estudios del pensamiento político del pasado. El llamado «giro nacional» en los estudios de la Ilustración era fruto del interés de otros investigadores, entre ellos Roy Porter, por aplicar el imperativo del contexto en un sentido más pragmático que la altamente teórica historia de las ideas de Pocock<sup>43</sup>.

Para el propósito de nuestro artículo, las reflexiones de Pocock sobre el contexto espacial pueden resumirse en dos. Primero, de forma más general, siguiendo su afirmación de que se pueden identificar unos lenguajes políticos compartidos que operaron entre unas series específicas de agentes históricos, se trata de la consecuente aplicación de la dimensión espacial (por ejemplo, la existencia en la Edad Moderna de un lenguaje político compartido de republicanismo cívico que en el siglo XVIII operaba en el mundo angloparlante). La afirmación fundamental de Pocock, a la que se refiere Bayly identificándola como ejemplo de una historia transnacional de las ideas, es algo más antigua y sostiene la existencia de un lenguaje político angloatlántico compartido. En su famoso *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Pocock muestra cómo éste nació de los debates políticos en la Florencia de la Edad Moderna; un debate que Bayly, con razón, identifica como una historia transnacional de las ideas. No obstante, el interés de Pocock se centra de forma recurrente en la historia del republicanismo clásico anglófono, tal como queda evidente en su obra tem-

---

<sup>42</sup> Christopher A. BAYLY: «Afterword», p. 163, y Christopher A. BAYLY *et al.*: «AHR Conversation...», p. 1448.

<sup>43</sup> Roy PORTER y Mikuláš TEICH: *Enlightenment in National Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

prana *La Ancient Constitution y el derecho feudal*, basada en la tesis doctoral que hizo en Cambridge<sup>44</sup>.

Segundo, aplicando esta tesis básica de la Escuela de Cambridge, en los años posteriores Pocock ha desarrollado una fragmentación contextual de «la Ilustración» como objeto de estudio histórico con una dimensión espacial necesaria, aunque no explícitamente articulada. El contexto se refiere simplemente al espacio, y el de Pocock suele estar definido más por criterios religiosos e ideológicos que nacionales. Sin embargo, como apunta John Robertson, su tratamiento de tipos concretos de la Ilustración (por ejemplo, la «anglicana», «la Ilustración en Inglaterra», «la de Utrecht» o la «sociniana») depende de los análisis contextuales dentro de una comunidad política y religiosa local a menudo definida en términos nacionales<sup>45</sup>.

El manejo que Pocock hace del contexto en los estudios sobre la Ilustración es complejo. Al describir las posturas de Pocock uno debe hablar más bien de «los estudios sobre Ilustración», ya que Pocock rechaza la construcción misma de una sola Ilustración identificable que podría sobreentenderse del uso del artículo «la». Para Pocock, Ilustración se puede interpretar como un proceso, pero identificarla como objeto de estudio histórico es fructífero solamente cuando se la define en un sentido concreto: por ejemplo, «Ilustración conservadora». Esto encaja con el enfoque básico de la Escuela de Cambridge hacia el estudio de los lenguajes políticos del pasado, con importantes consecuencias para las dimensiones espaciales del contexto. A pesar de las diferencias que se pueden observar entre Pocock, Skinner y sus compañeros de lo que ha llegado a denominarse la «Escuela de Cambridge» de pensamiento político, sus enfoques están unidos por considerar que las batallas alrededor de ideas e ideales políticos se libraron a través de escaramuzas de juegos lingüísticos<sup>46</sup>. Las innovaciones en los conceptos

---

<sup>44</sup> John G. A. POCOCK: *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975, e ID.: *The Ancient Constitution and the Feudal Law: A Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1957.

<sup>45</sup> John ROBERTSON: «The Enlightenments of J. G. A. Pocock», *Crombs*, 6 (2001) ([http://www.cromohs.unifi.it/6\\_2001/pocock.htm](http://www.cromohs.unifi.it/6_2001/pocock.htm)).

<sup>46</sup> Eckhart HELLMUTH y Christoph VON EHRENSTEIN: «Intellectual History Made in Britain: Die Cambridge School und Ihre Kritiker», *Geschichte und Gesellschaft*, 26 (2001), pp. 149-172.

e ideas que aparecen en obras teóricas no evolucionaron simplemente dentro del mundo interior de una elite de teóricos, sino que más bien constituyeron actos de habla (*Speech Acts*) con intenciones políticas que podían, mediante la reconstrucción de lenguajes políticos del pasado, conectarse con problemas políticos concretos del pasado<sup>47</sup>. Los lenguajes políticos (y de otro tipo de ideas) específicos podían trascender lenguajes hablados —por ejemplo, los sacerdotes católicos podían compartir un mundo común de ideas en contraste con, por ejemplo, pastores protestantes—<sup>48</sup>. Sin embargo, los lenguajes operan en espacios, instituciones y esferas culturales concretos: si bien es cierto que el debate político-teórico no se limitaba a una elite de genios, sí se requería cierto nivel de educación. Para Pocock, este hecho ofrecía una base para la crítica de la noción de un concepto único de la Ilustración: dadas las grandes diferencias entre los contextos nacionales dieciochescos en cuanto a la organización institucional de la transferencia y diseminación de las ideas, como también la variedad de las configuraciones políticas, los contemporáneos actuaron según diferentes objetivos y horizontes de posibilidad, y éstos hay que situarlos localmente para interpretarlos<sup>49</sup>.

La segunda afirmación de Pocock, a la que Bayly se refiere como una manera de hacer la historia transnacional de las ideas, consiste en postular la existencia de un lenguaje político común a nivel angloatlántico. Este postulado es recurrente en su obra, sobre todo en su *Momento maquiavélico*, pero aparece ya en su primer libro *La Ancient Constitution y el derecho feudal*<sup>50</sup>. No obstante, el espacio adoptado en este análisis es atlántico sólo en el sentido de extenderse desde Gran Bretaña a sus colonias americanas.

<sup>47</sup> Jason David DEBUHN: «The Historical Assessment of Speech Acts: Clarification of Austin and Skinner for the Study of Religions», *Method and Theory in the Study of Religions*, 14 (2002), pp. 84-113.

<sup>48</sup> John G. A. POCOCK: «Clergy and Commerce: The Conservative Enlightenment in England», en Raffaele AJELLO *et al.* (coords.): *L'età dei lumi: studi storici sul settecento europeo in onore di Franco Venturi*, Nápoles, Jovene, 1985, pp. 1523-1562.

<sup>49</sup> John G. A. POCOCK: *Barbarism and Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 1-13.

<sup>50</sup> John G. A. POCOCK: *The Machiavellian Moment...*, e *id.*: *The Ancient Constitution...*

El tardío giro explícitamente transnacional en los estudios de la Ilustración, estimulado sobre todo por John Robertson y Jonathan Israel, se entiende mejor como un giro/vuelta a lo cosmopolita/transnacional. Aunque los trabajos de Robertson e Israel difieren bastante uno del otro, ambos definen la Ilustración como inherentemente trans y supranacional debido a sus redes y, sobre todo para Israel, debido a su carácter ideológico. No hay necesariamente una contradicción entre la manera en la que entienden el contexto Robertson e Israel, por una parte, y Pocock, por otra: la diferencia consiste más bien en la medida en la que los primeros explícitamente definen la nación como un contexto espacial operativo, aunque sea, en última estancia, subordinado, mientras que Pocock es evasivo sobre las dimensiones espaciales concretas de sus contextos. Sin embargo, el meollo de la interpretación histórica de la Ilustración por parte de Robertson e Israel como un movimiento histórico de actores e instituciones que en el siglo XVIII obraron cruzando las fronteras confesionales, nacionales y lingüísticas no está en los debates teóricos recientes sobre el transnacionalismo, sino más bien en la noción más antigua del cosmopolitismo y la *République des Lettres* compartida. Los relatos clásicos de la Ilustración, como los de Ernst Cassirer, Paul Hazard, Franco Venturi y Peter Gay, percibían las diferencias de los contextos nacionales como de importancia secundaria en comparación con este mundo más amplio de redes e instituciones de pensamiento<sup>51</sup>. La crítica básica y recurrente de la noción de los conceptos de lenguaje y contexto de Pocock apunta hacia el carácter elusivo de los múltiples lenguajes que pueden dominar los agentes históricos concretos —el mismo problema de fronteras al que responde la historia transnacional—. Los individuos actúan y se identifican a sí mismos en contextos múltiples.

Un teórico importante de la historia transnacional, Sebastian Conrad, ha apuntado que el trabajo de Israel y Robertson es mi-

---

<sup>51</sup> Ernst CASSIRER: *Die Philosophie der Aufklärung*, Tubinga, Mohr, 1932 (*Filosofía de la Ilustración*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1943); Paul HAZARD: *La pensée européenne au XVIII<sup>e</sup> siècle: de Montesquieu à Lessing*, París, Boivin, 1946 (*El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Revista de Occidente, 1946); Peter GAY: *The Enlightenment: an Interpretation*, Londres, Wildwood House, 1973, y Franco VENTURI: «Les lumières dans l'Europe du 18<sup>e</sup> siècle», en Franco VENTURI: *Europe des Lumières: Recherches sur le 18<sup>e</sup> siècle*, París, Maitland, 1971, pp. 3-34.

noritario en plantear la interpretación de un solo objeto, una serie de ideas clave, como «Ilustración», algo que, según él, la mayoría de los investigadores ya no ve como sostenible<sup>52</sup>. Este análisis no solamente obvia los relatos filosófico-teóricos, que en absoluto han abandonado esta categorización, sino que además me gustaría argumentar que el intento de recuperar la noción de un espacio definido por la similitud de pensamiento representa una manera única de imaginar nuevas espacializaciones, algo que Guterl ha descrito como una parte fundamental del reto planteado por la historia transnacional<sup>53</sup>. Proclamar la diversidad y la complejidad puede que se haya convertido en la convención más habitual en la práctica histórica actual; lo que falta en esta manera de afrontar la investigación es un resultado concreto, una conclusión<sup>54</sup>. Postular la existencia de un espacio coherente de pensamiento no impide reconocer las diferencias; de hecho, tanto las obras de Robertson e Israel, en tanto que historias intelectuales, y los numerosos estudios que han inspirado, funcionan en el fondo recuperando los debates del pasado —debates caracterizados esencialmente por desacuerdos—.

La otra sugerencia de Conrad —que la historia global de la Ilustración consiste en su recepción global a partir del siglo XIX— encaja bien con la conciencia creciente de que la noción de «la Ilustración» —como un fenómeno unitario— surgió más allá del grupo de pensadores que hoy en día se consideran como el núcleo de la Ilustración<sup>55</sup>. Es decir, la historia conceptual de la Ilustración empieza en los márgenes de ésta, y su recepción transnacional arranca con los intentos de algunos personajes más allá de Europa de llevar a cabo unas agendas de «modernización» según un programa

---

<sup>52</sup> Sebastian CONRAD: «Enlightenment in Global History: A Historiographical Critique», *American Historical Review*, 117, 4 (2012), pp. 999-1027, p. 1004.

<sup>53</sup> Matthew Pratt GUTERL: «Comment: The Futures of Transnational...», pp. 130-139.

<sup>54</sup> David A. BELL: «This is What Happens When Historians Overuse the Idea of the Network», *New Republic*, 25 de octubre de 2013 (<http://www.newrepublic.com/article/114709/world-connecting-reviewed-historians-overuse-network-metaphor>).

<sup>55</sup> Darrin McMAHON: *Enemies of the Enlightenment and the Making of Modernity*, Nueva York, Oxford University Press, 2001; James SCHMIDT: «Inventing the Enlightenment: Anti-Jacobins, British Hegelians, and the *Oxford English Dictionary*», *Journal of the History of Ideas*, 64, 3 (2003), pp. 421-443, y Daniel BREWER: *The Enlightenment Past: Reconstructing Eighteenth-Century French Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

recibido como Ilustración, por ejemplo en Japón<sup>56</sup>. Aunque se trate de una contribución noble, valiosa y necesaria a la historia de las ideas, que además puede considerarse con razón como transnacional y global, argumentar que dicha interpretación puede sustituir plenamente el debate sobre el movimiento dieciochesco de pensadores mayoritariamente europeos conlleva el riesgo, tal como advierte Robertson, de dejarnos sin ningún contenido descriptivo de los orígenes del concepto de la Ilustración como construcción histórica. La historia de la Ilustración como parte de la historia del progreso —como idea y como agendas/programas para implementarla— es global, pero es solamente una parte de todo el cuadro. Como demuestran con brillantez los estudios recientes sobre el surgimiento de la ciencia racial y de las metodologías de comparación intercultural —incluido el género de la historia mundial—, durante la Ilustración europea los análisis que adoptan marcos de menor escala que el transnacional o global tienen todavía mucho que ofrecer a otros historiadores, sobre todo en lo que se refiere a la autorreflexión del método transnacional mismo<sup>57</sup>. Desde luego, una dimensión fascinante de la investigación consiste en tratar de entender las dimensiones verdaderamente globales del pensamiento en la Ilustración europea, indicando que las sensaciones de globalización intelectual o transnacionalidad —la mente del «ciudadano del mundo»— no siguen bajo ningún concepto un camino lineal, sino que, en el sentido de las «historias conectadas» de Subrahmanyam, fluyen y refluyen en cuanto a su intensidad.

Los debates sobre lo transnacional en la academia en general y sobre los espacios de pensamiento dentro de los campos más estrechos de los estudios de la Ilustración y la historia intelectual apuntan a lo que podrían ser dos obviedades operativas: el contexto puede «ser el rey», pero el «poder en la sombra» es, en realidad, el historiador o la historiadora, de acuerdo con lo que crea del cuerpo

---

<sup>56</sup> Sebastian CONRAD: «Enlightenment in Global History...», pp. 1022-1025.

<sup>57</sup> David Allen HARVEY: *The French Enlightenment and its Others: The Mandarin, the Savage, and the Invention of the Human Sciences*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012; Silvia SEBASTIANI: *The Scottish Enlightenment: Race, Gender, and the Limits of Progress*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013; *id.*: *I limiti del progresso*, Bolonia, Il Mulino, 2008, y Sankar MUTHU: *Enlightenment Against Empire*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

de evidencia histórica existente. Pocock quizá sugiere el punto de partida más eficaz: una cierta indiferencia inicial al asunto del contexto espacial. Aceptar que la curiosidad sobre un fenómeno o dinámica histórica permita trazarlos en una perspectiva abierta, desde el punto de vista geográfico, puede ser la mejor manera de contar historias transnacionales que sean nuevas, interesantes y reveladoras. El contexto nacional, como ha mostrado la generación anterior de los historiadores que trabajaron sobre la Ilustración en un contexto nacional, puede explicar mucho, aunque —como nos recuerdan los historiadores transnacionales— tenemos que ser precavidos frente a la autocomplacencia que emerge de la comodidad y conveniencia del contexto nacional como categoría espacial, particularmente en investigaciones que se centran en periodos después del surgimiento del Estado-nación. Deberíamos atrevernos a seguir las tensiones sorprendentes e inusuales en los testimonios históricos y dar la bienvenida a las nuevas historias que podemos desvelar. La porosidad elusiva de los discursos, lenguajes políticos y redes de comunicación es, de hecho, una oportunidad para que entendamos que, por complejo que sea, el estado contradictorio y caótico de identidades, testimonios y modos de vida contemporáneos que compiten entre sí —es decir, nuestro propio problema de situarnos en un contexto— no es, en absoluto, nuevo.